

CAPÍTULO III

LA PROTECTORA

Elena salió temprano, dejando allí á una vecina caritativa, pues por nada del mundo hubiera dejado sola á Dolores al lado del cadáver.

La expresión de los ojos de la joven le aterraba: la idea del suicidio estaba escrita en su mirada.

El pintor y sus hijos sintieron profundamente la muerte de la señora de Herrera, de aquella mujer modesta, modelo de todas las virtudes cristianas, y que tan desgraciada había sido.

Modesta fué la que más se afligió: habíala acariciado mil veces de niña, cuando era amiga de Dolores.

La llegada de Luciano moderó algún tanto su dolor.

—¡Dios mío!—exclamó el joven:—¿qué va á ser ahora de esa pobre criatura?

—Voy á traerla aquí con nosotras—dijo Elena:—toda consideración se olvida ante una des-

gracia semejante. Sí, Antonio—añadió mirando á su marido con aire suplicante:—aunque no se ha casado aún Modesta, hay que olvidar el qué-dirán, y traernos á esa desgraciada y á su hija.

—No me opongo—dijo el pintor:—vé á buscarla cuando quieras.

—No hagan ustedes nada hasta que yo vuelva, que será pronto—dijo Luciano levantándose.—Voy á casa de mi prima la Marquesa de Villaflo-rida: es muy buena, muy rica, y acude siempre á esa clase de desgracias.

—¡Ah!; esa protección sería más provechosa que la nuestra para la pobre Dolores!—exclamó la señora de Benavides.—Sí, señor Ponce, vaya usted: la Marquesa es casada y no tiene jóvenes en su casa; en último extremo, aquí está la nuestra abierta para esa desdichada niña.

Luciano salió. Media hora después volvió, y dijo á la familia del pintor.

—Esta noche irá Berta á buscar á Dolores con su coche. Ahora vamos nosotros, señora, á consolarla y á cuidar de los tristes pormenores del entierro.

—Vamos—dijo Elena.

—Mamá—observó Modesta llorando de nuevo,—yo quisiera ir también á ver á Dolores.

—¡Imposible!—respondió su padre con autoridad:—la verás otro día.

Luciano y la madre de su prometida llegaron á casa de Dolores. Ésta y la cuna de su hija fueron trasladadas á la habitación de la pobre vecina; pero apenas se vió allí, la joven, que se había dejado conducir como una sonámbula, se escapó de las manos que la sujetaban, y volvió corriendo y desolada al lado del cadáver.

—Hija mía—le dijo Elena dulcemente,—vente conmigo; ¿qué consigues con estar aquí? Ven y descansa, que yo cuidaré de todo aquello en que tú no puedes pensar.

—¡No!—respondió Dolores:—aquí estaré hasta que se lleven lo que me resta de mi madre. ¡Demasiado pronto me quedaré sin ella!

Volvió á sentarse, dicho esto, junto al lecho donde reposaba el cadáver, sin echar de ver que faltaba la cuna de su hija.....

Las ocho de la noche serían cuando un coche se detuvo á la puerta de la pobre casa: una figura elegante y esbelta de mujer puso el pie en el estribo y saltó al suelo.

Vestía de negro, y cubría su cabeza un velo negro también. Subió con paso rápido hasta la

bohardilla de Dolores, y, empujando la puerta entreabierta, penetró en la triste habitación.

Elena no había querido abandonar á la pobre huérfana, que permanecía, en su misma desolada postura, sentada al lado del lecho mortuario.

El cadáver se hallaba desde por la mañana depositado en la iglesia parroquial; pero Dolores no podía separarse del sitio que había ocupado, como si para ella tuviese un imán irresistible. La buena Elena le había llevado á la niña dos veces en el transcurso de aquellas amargas horas, pues la pobre criatura lloraba de hambre; pero la desgraciada joven, al darle el alimento de su seno, no había podido hacerlo de otro modo que volviendo la cabeza, para no ver á aquella inocente criatura, á la que acusaba de la pérdida de sus padres.

La situación de la madre de Modesta era tan violenta, que al ver entrar á la dama, exclamó sin poder contener su alegría:

—¡Ah! ¡gracias á Dios!

La recién llegada la saludó con la cabeza, y luego se aproximó á Dolores, á cuyo lado tomó asiento.

Entonces levantó su velo, y dejó ver un semblante noble y hermoso.

Apenas llegaría á los veintitrés años: su tez blanca y pálida, con esa distinción que tanto difiere del color de la enfermedad, estaba alumbrada por dos hermosos ojos del color de la mar cuando está en calma, coronados de cejas negras y de pestañas largas y sedosas; su cabello obscuro no llegaba á ser negro; formaba su boca un arco caprichoso de coral rosado, y su nariz arrancaba delicada y noblemente de una frente ancha sin ser grande, y elevada sin desproporción.

Su estatura, que pasaba algo de los límites regulares, era esbelta, gallarda y de exquisitas proporciones; sus manos, perfectas; su talle, de una elegancia flexible y suelta á la par.

—Mi querida Dolores—dijo con una dulce voz y tomando la mano de su amiga,—¿no me conoces? Mírame bien, y verás como yo existo en el mundo de tus recuerdos.

Volvióse lentamente la joven; fijó en la Marquesa sus ojos hundidos por el dolor; pasó las manos por la frente, como si quisiera separar las nieblas de los tristes pensamientos que la asediaban, y luego dijo con voz débil:

—¡Berta!

—Sí, Berta—repitió la Marquesa.—Berta, que viene á ti en el día del infortunio. Cuando llegué

á Madrid, hace algunos meses, mi nuevo matrimonio y tus desgracias me impidieron verte; pero ahora vengo á buscarte para llevarte conmigo.

—¡Contigo!—repitió Dolores.—¡Ah!; ¡si supieras!...

—Todo lo sé, y todo puedo desafiarlo: ¿por ventura no estoy casada? Dolores, nada temas ya por mí, ni por ti tampoco: una falta es á veces una desgracia, pero nunca un crimen. Vendrás á mi casa, donde verás á mi hermana: ¿no es verdad? Acuérdate cuando de niñas jugábamos juntas: yo no lo he olvidado, ni tampoco á esta señora—añadió volviéndose graciosamente hacia Elena,—con la que creo que voy á emparentar en breve.

Dolores permaneció silenciosa é inmóvil. La Marquesa prosiguió:

—Deseo, mi pobre amiga, proporcionarte, si me es posible, la posición que la desgracia te ha arrebatado: aún hallaremos un hombre estimable que te ame, y á quien tú puedas amar, que te dé su nombre. Pero, mira, para eso es preciso que demos á criar á esta niña lejos de ti: ¿consientes en ello?

Un rayo de alegría inmensa iluminó como por encanto la abatida fisonomía de la huérfana.

Al verlo, el corazón de Elena se oprimió dolo-

rosamente: para ella, tan amante de sus hijos, una mala madre era una cosa monstruosa, casi incomprensible; al verla de cerca, se sentía poseída de horror.

—¡Cómo!—exclamó Dolores:—¿esta niña se criará lejos de mí?

—Sí—respondió la Marquesa, que equivocó el sentido de estas palabras:—es preciso.

—¡Pero, Dios mío!, ¿habrá de separarse de su hija?—exclamó Elena.

—Repito, mi querida señora, que á mi parecer es forzoso: el mundo, la sociedad en que Dolores va á vivir, perdonan una falta, tal vez la olvidan; pero no soportan el alarde de ella.

—Sin embargo, señora—repuso la madre de Modesta:—la buena, la cristiana, la ejemplar madre de Dolores jamás hubiera permitido que se separase de su hija. Decía que pues se había cometido la falta, era preciso valor para sobrellevar sus consecuencias.

—¿Hablo yo, por ventura, de abandonar á esta criatura?—preguntó con altivez la Marquesa;—no, señora: se cuidará con esmero de conservar y de fortalecer esa frágil existencia; una buena y robusta nodriza alcanzará mucho más que su madre.

—Vamos—dijo Dolores levantándose con una especie de fiereza;—vamos, Berta: yo acepto tu protección tan franca, tan noble, tan completa. Tú no tienes *hijas solteras* á las que mi amistad pudiera perjudicar. Hay compasión que tiene el aspecto de limosna; hay caridad que tiene todos los rasgos de una noble protección.

—¡Dolores!—exclamó la madre de Modesta,—¿qué dices? ¿Hablas así por mí? ¡Ah, pobre niña! ¡te desconozco! ¡Creo que se abre delante de tus ojos una senda fatal!

—¡Señora!—repuso con altivez Berta,—esta joven va á mi casa, donde no verá más que ejemplos de virtud.

—¿Y qué importa?—exclamó Elena con una vehemencia hija de la más profunda convicción:—la desgracia, la desesperación, han secado su alma. ¡No; no es la misma Dolores que yo he conocido, que yo he acariciado, que he mecido con mi hija, la que ahora me echa en cara duramente el que la separe de ella! Su madre pensaba de otro modo, y decía que ese era mi deber. La frente de una joven se empaña con el más leve soplo, y he querido guardar la blanca pureza que resalta todavía en la de mi hija. ¿Hay en eso crimen? Ninguna de ustedes dos lo puede decir: la una no es madre,

la otra reniega de su hija, y no merece este sagrado nombre.

Un largo silencio siguió á estas palabras. Elena se levantó por fin; cubrió su cabeza con la modesta mantilla que se había quitado, y se dispuso á salir.

—Tiene usted razón—respondió Dolores con amargura:—debe usted guardar mucho á su hija para que no pierda su casamiento, arreglado por usted y por su padre con tan paciente lentitud; acaso viéndome á mí, acaso compadeciéndome, perdiera algo á los ojos de su novio, y la amistad es conveniente que deje lugar al egoísmo.

—¡Ah, qué injusto cargo!—exclamó Elena.—¿Sabes que si esta señora está aquí es porque Luciano, el prometido de mi hija, ha ido á enterarle de tu soledad y de tu desgracia? Pero no te culpo —prosiguió la esposa del pintor;—te compadezco, pobre niña. No sé qué voz secreta me dice que vas á ser muy infeliz..., que pones el pie en una senda de espinas... Dios vele por ti, y no te castigue por separar de tu lado á tu hija. Adiós, y en cualquiera desgracia que te veas, acuérdate de mí y de mi familia, que tanto te ha querido y te compadece.

Elena salió.

—Vamos—dijo Berta, no bien hubo desaparecido:—salgamos también nosotras, y olvida, Dolores, los tristes augurios de esa buena y sencilla mujer.

Dolores echó sobre su cabeza una vieja mantilla, y dió algunos pasos hacia la puerta, seguida de su protectora.

La buena vecina que había ayudado á Elena en sus cuidados para Dolores y su hija, apareció en la puerta de su bohardilla y, al verla salir, exclamó:

—¿Y la niña, señoras? La pobrecita está durmiendo en mi cama, pero yo no puedo hacerme cargo de ella: tengo tres hijos y...

—Tómela usted en brazos, y síganos—interrumpió Berta:—no deseamos de modo alguno que usted se encargue de esa criatura, y, por el contrario, será usted muy bien recompensada de los cuidados que se ha tomado por ella.

—¡Qué mala madre!—se dijo la vecina saliendo con la pequeña Lágrimas en los brazos y mirando á Dolores con enojo:—ni siquiera ha pensado en su hija al dejar su casa, quizá para no volver más.

Las dos mujeres salieron de la miserable habitación que habían ocupado Dolores y su madre, y

la joven cerró con llave la puerta del cuarto, guardándola después en su bolsillo.

—¿Por qué no dejas todo lo que queda ahí dentro á esta buena mujer?—preguntó Berta.—Ya no volverás nunca á la pobreza mientras viva yo, querida mía.

—Déjame que conserve estos últimos recuerdos de mis padres, Berta—respondió Dolores.—Pagaré esta pobre habitación, y la conservaré para venir á ella alguna vez á llorar y á pensar en los que tanto me han querido.

La Marquesa no respondió, y las tres mujeres bajaron la escalera, subiendo después á la berlina de aquella, que esperaba, y las condujo á su casa al trote de su magnífico tronco.

Dolores, al partir el coche, sacó su pálida cabeza por una de las ventanillas, y envió un largo y doloroso adiós á las paredes y al mísero portal de aquella casa, donde había perdido á su santa y buena madre.

CAPÍTULO IV

ORO Y SEDAS

Al llegar á su casa, Berta ordenó á la camarera que se presentó, que tomase á la niña conducida por la buena vecina, y que la entregase á su ama de llaves.

—Al instante—añadió—saldrá uno de los criados á buscar una nodriza, pero con la precisa condición de que sea campesina y que habite en un pueblo cercano.

Inclinóse la joven, y desapareció para cumplir aquellas órdenes.

La Marquesa se volvió á la vecina y le puso en la mano dos monedas de oro.

—Esto es para usted—le dijo—y para recompensarle todos los cuidados que ha tenido con mi amiga.

Estas palabras fueron acompañadas con un ademán de despedida casi regio, y dejaron atontada á la pobre mujer, que hubiera querido hablar

y no pudo hacer otra cosa que andar hacia la puerta.

La Marquesa y su protegida entraron en un lindo saloncito, pues todo esto había tenido lugar en la antecámara.

—Dolores—dijo Berta,—estarás aquí como en tu casa; serás una señorita huérfana que vive á mi lado; harás la misma vida que yo, participarás de todas mis diversiones; en una palabra, ocuparás el lugar de la hermana que se ha casado poco hace... ya sabes con quién.

La Marquesa vaciló al pronunciar estas palabras.

—No te comprendo, Berta—repuso Dolores:—no conozco á tu hermana, pues cuando yo te conocí había quedado en Sevilla; tampoco sé quién es su marido.

—Conoces á los dos—dijo tristemente la Marquesa:—á los dos los viste el día que se casaron..., y yo también te vi á ti...: estabas, cuando salimos de la iglesia, en el portal de la casa que iban á habitar Gonzalo... y su mujer.

—¡Cómo!; ¿es él...?

—El marido de mi hermana. Pero no temas nada: ahora viven en París; y si algún día vuelven aquí, espero que tu corazón estará de nuevo

bastante ocupado, para mirarle con indiferencia.

Dolores hizo un violento esfuerzo para serenar su semblante y su voz, y respondió:

—Cree que sabré respetar la tranquilidad de tu hermana.

—No espero nada malo de ti—dijo la Marquesa abrazándola:—sé cómo has sido educada, y sé que una desgracia no pervierte el alma, sino que muchas veces la eleva; pero conozco un poco á los hombres, y tú eres muy hermosa: dentro de algunos meses, cuando vuelvas á ser dichosa y á estar alegre, tu belleza será el encanto y el asombro de todos.

—Mi buena Berta, tú me lisonjeas para hacerme olvidar mis penas—dijo Dolores con una triste sonrisa y tomando una mano de su amiga. —¡Gracias! Pero sabe que ni deseo sentir amor, ni tampoco inspirárselo á nadie.

—Eso ya vendrá luego. Ahora déjame que te entere de mis asuntos domésticos y de familia: mi padre ha vuelto á Sevilla, donde vive pacíficamente en su casa; mi hermana se halla por ahora con casa puesta en París; yo vivo, pues, aquí sola con mi marido, quien, á pesar de algunas rarezas suyas, me hace feliz, porque posee las más nobles cualidades; tú le conocerás y le apre-

ciarás. Ahora bien, mi querida Dolores: yo soy rica y tú no debes pensar más que en ser dichosa á mi lado; puedo, desde luego, hasta ofrecerte una fortuna, aunque modesta, para que te ayude á hallar un esposo de regular posición social; no pienses en otra cosa que en estar linda y en ser feliz. Sígueme, que voy á instalarte en tu cuarto.

Berta, al decir estas palabras, tomó de la mano á Dolores, y abriendo una puerta oculta bajo un tapiz, se hallaron ambas en una espaciosa antecámara vestida de seda de Lyon verde con listas rosa.

Un largo y mullido diván lo circuían; molduras doradas cortaban la pared en cuadros de grandes dimensiones, y hacían resaltar los delicados colores del tapiz; una preciosa alfombra de terciopelo de lana, con los mismos colores del tapiz, cubría el pavimento.

Dolores contempló asombrada aquella linda antecámara: la pasión al lujo, á la pereza, á la molicie, que tantas veces le había reprendido severamente su buena madre, renacía en ella ahora con una fuerza inusitada; su bello marchito rostro se reanimó con el colorido de la salud; sus ojos lanzaron rayos de alegría; la sangre coloreó sus labios, que se entreabrieron con una hechicera sonrisa.

La Marquesa observó aquella mutación, y abrazó á Dolores riéndose con la franca y sincera alegría que le era natural.

—Si este efecto te produce la antesala, ¿qué será el resto?—exclamó gozosamente.—Ven, ven, que quiero disfrutar cuanto antes de tu sorpresa.

Esto diciendo, la condujo á una estancia primorosa que se descubría á través de una puerta entreabierta.

Al entrar allí, Dolores no pudo reprimir un grito, quedando luego deslumbrada y muda.

Era una sala octógona, vestida alternativamente de sedería rosa con listas de plata y lunas de Venecia.

Una pequeña chimenea, cincelada en mármol blanco, ocupaba el testero que daba frente á la puerta, y ofrecía á la vista una obra maestra del arte: sobre ella estaba engastado uno de los espejos de la pared.

La sillería era de limonero, tallado, con la tapicería de seda rosa; algunos graciosos cuadros ovalados, encerrados en marcos muy sencillos, decoraban las paredes; en la chimenea ardía un alegre fuego; en la meseta, dos pequeños candelabros de plata sostenían ocho bujías de rosada cera, y de pie junto á ella, esperaba una camarera

elegantemente ataviada, para ofrecer sus servicios á Dolores.

—Te dejo para que Florina te vista—dijo la Marquesa.— Ahora te pondrá ella en posesión de tu dormitorio y de tus gabinetes de tocador y de baño. Así que te hayas vestido, vé al comedor, donde te esperaré yo para hacerte compañía, pues ya comí con el Marqués á la hora de costumbre.

Berta, dicho esto, salió dejando á su protegida sola con la doncella.

Era ésta una muchacha que parecía contar veinte años, de fisonomía atrevida y linda. Por desagradable que le pareciese el aspecto de su nueva señora, no lo manifestó, y la ofreció sus servicios con la más exquisita finura y las más delicadas atenciones.

Pasaron al tocador, donde ya estaban encendidas las bujías: Dolores quedó extasiada de nuevo, y Florina empezó á preparar todos los objetos que habían de emplearse para la inmediata y completa transformación de la joven.

De un pequeño ropero sacó un peinador blanco guarnecido de encaje.

De un mueblecito de Boulé, que había costado en París quinientos francos, tomó peines de con-

cha y de marfil, horquillas y largos alfileres de plata para recoger los cabellos.

Un diminuto estante de palo de rosa, cerrado con cristales y fijo en la pared, mostraba en sus aparadores variedad de primorosos frasquitos llenos de exquisitas pomadas, de los que Florina tomó uno.

En un lavabo de pórfido se ostentaba orgullosamente un magnífico servicio de plata cincelada, y Florina llenó de agua cristalina la jofaina, perfumándola después con gran cantidad de agua de lirio y rosa que tomó de otro frasco.

Cuando todo estuvo preparado, se dirigió á Dolores y le preguntó:

—¿La señorita querrá tomar baño?

—Sí—respondió Dolores sin cortarse, y con el mismo imperio que si toda la vida hubiera existido en medio de aquel lujo deslumbrador.

Florina tomó una bujía, abrió una puertecita, y Dolores se halló en un gabinete cuyo pavimento desaparecía casi por completo ocupado con una gran pila de mármol blanco.

En derredor había una fila de macetas cargadas de flores preciosas y plantas aromáticas.

El agua del baño estaba igualmente perfumada.

Del techo pendía una linda lámpara de bronce cincelado, sostenida por una cadena.

Dolores sintió un placer indecible al sumergirse en aquella agua tibia y perfumada; todas las nieblas de su aflicción le parecía que quedaban allí, así como el malestar físico y el quebrantamiento que imprime al cuerpo un gran dolor moral.

Cuando salió al dormitorio, caldeado por calentadores invisibles y perfumado con un delicado aroma; cuando extendió sus miradas por aquel lindo aposento forrado de damasco azul; cuando las fijó en su lecho, cubierto de seda blanca y celeste y cerrado con cortinas bordadas; cuando á la luz de la lámpara de alabastro que pendía del techo de su alcoba contempló aquella estancia, semejante á un nido de hadas, su pecho se dilató, y se dijo que hasta entonces no había comprendido la vida ni la felicidad.

Sentóse delante de su tocador, y entregó sus hermosos cabellos á la habilidad de Florina.

Ésta sacó un partido inmenso de aquella espléndida madeja; los rizos y las trenzas brotaron bajo su mano, y luego los enlazó con gracia suma con cintas de terciopelo y hebillas de azabache, adorno que el luto permite.

—Mírese usted, señorita—le dijo después con orgullo,—y dígame si la he peinado á su gusto.

—¡Oh, sí!; estoy muy bien—contestó Dolores con una sonrisa de aprobación.

En aquel momento, el débil gemido de una criatura muy pequeña llegó hasta los oídos de Dolores, penetrando á través de los tapices de la habitación.

La joven se estremeció, menos de piedad que de sorpresa y de pavor.

Aquel débil acento venía á recordarle su vergüenza, en medio de la nueva vida que veía desplegar tan brillantemente ante sus ojos.

La puerta del tocador, al abrirse, la distrajo de sus reflexiones.

—La señora Marquesa desea que salga usted un instante, con permiso de la señorita—dijo un ayuda de cámara vestido de negro, desde la sala, y dirigiéndose á la camarera.

Florina salió á una señal de asentimiento de Dolores; el ayuda de cámara la siguió, y la joven quedó sola.

Entonces sepultó entre ambas manos su rostro, abrasado de rubor, y quedó inmóvil durante algunos instantes.

—¡Ah!—se dijo;—mientras esa criatura viva,

yo soy despreciable y estoy manchada irremisiblemente. ¿Por qué Dios, que se lleva tantos niños adorados de sus padres, no me libra de este ser miserable que es mi oprobio?

—¡Dolores!—dijo á su espalda una dulce voz.

La joven se volvió rápidamente, y se halló con la bella figura de Berta, quien en pie delante de ella, le presentaba á la pequeña Lágrimas, cuya muerte pedía á Dios en aquel instante como un favor.

—Querida mía—dijo la Marquesa dulcemente:—mira, esta pobrecita llora de hambre; sólo tú puedes acallarla, porque hasta mañana no puede venir la nodriza. Dale el pecho para ver si se duerme... No quería yo que por ahora volvieras á verla, pero es preciso.

La joven desvió los ojos, con profundo hastío, de aquella pobre niña, pálida, delgada y enferma, pero la tomó y la aplicó á su pecho.

—Dolores—continuó la Marquesa,—comprendo tu desvío por esta niña; pero lamento que la pobrecita no tenga madre y la excesiva dureza que le demuestras. Se criará lejos de ti hasta que sea crecida, pero jamás podré avenirme á dejarla desconocer su origen... Es un crimen renegar de sus hijos, crimen que Dios castiga y del que pide

á veces una terrible cuenta. Ahora que ya está alimentada, despídete de Lágrimas y devuélvemela. Al amanecer la entregaré yo misma á su nodriza.

Dolores devolvió á la niña sin besarla siquiera. Berta iba á reconvenirla sin duda, pero pareció arrepentirse, porque de sus labios no salió ningún sonido, y una expresión de piedad reemplazó al enojo que, durante algunos instantes, habían retratado sus hermosas facciones; tomó á la pequeña Lágrimas en sus brazos, y salió de la estancia con paso ligero y estrechándola cariñosamente contra su pecho.

Un instante después, volvió á entrar Florina, que había estado ocupada por su ama para que no viese la escena precedente.

Dió la última mano al tocado de Dolores, y luego le puso un precioso traje de luto, de seda, cubierto con una túnica de Chantilly y adornado graciosamente de lazos de cinta de raso.

—La comida y la señora Marquesa esperan en el comedor á la señorita—dijo Florina.—Su hermanita duerme.

Al oír la palabra *hermanita*, Dolores miró sorprendida á la camarera, que continuó:

—Al instante se quedó dormida en los brazos

del ama de llaves, que, como ha tenido tantos niños, sabe cuidarlos muy bien. Mañana muy temprano vendrá la nodriza, que es de un pueblo vecino.

Dolores comprendió que la servidumbre de la casa creía que su hija era su hermana, y su hermoso rostro se iluminó de nuevo con un rayo de alegría.

Florina tomó una bujía en una palmatoria de plata y la precedió hasta el comedor.

Era éste elegantísimo: las paredes estaban cubiertas de finísimo cuero de Córdoba; los muebles eran de encina tallada; cubría el pavimento una gruesa alfombra de Oriente, y á través de los armarios colosales brillaba la vajilla de plata, la porcelana de Sèvres y el cristal tallado del servicio diario.

La Marquesa, sentada en un sillón, esperaba á su protegida; salió á recibirla, la hizo sentar á la mesa, y la sirvió ella misma con aquella gracia encantadora que era propia y como natural en ella.

—Esta noche—le dijo—la pasaré contigo, y haré compañía á tu luto algunas otras. Tú debes guardar el más riguroso retiro durante tres meses á lo menos. Mi querida Dolores, ningún uso

de la alta sociedad prohíbe llorar á una madre, y la tuya merecía este homenaje de tu parte; después, el mundo te llamará y te tenderá sus brazos. Pero, ¡Dios mío!—prosiguió Berta, al ver que dos torrentes de lágrimas caían por las mejillas de Dolores:—¡voy á hablarte de tu madre cuando vas á comer! ¡Esta mala costumbre de decir siempre lo que pienso! ¡Ah! ¡qué imprudente soy! ¡Perdóname, querida Dolores!

—¿Acaso olvido yo jamás á mis padres?—repuso tristemente la joven.—¡No, Berta: ellos viven siempre en mi corazón!

Dolores apenas pudo ya probar ningún alimento: la misma Berta se sentó á la mesa y tomó de algún plato para animarla; pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

—Vamos á mi cuarto, y allí nos servirán el café—dijo la Marquesa levantándose de la mesa:—he querido tomarle contigo, y tal vez, antes de que acabemos, vendrá mi marido, que ha salido á un negocio urgente.

Las dos amigas pasaron, en efecto, al gabinete de la Marquesa. Era precioso y estaba vestido de tela de seda blanca bordada de grandes ramos de rosas. La suntuosidad y el buen gusto sobresalían en los menores detalles: grandes me-

—sas de mármol sostenían magníficos espejos de gusto antiguo, y marcos esculpidos con flores y frutas. Respirábase allí ese perfume, penetrante y suave al mismo tiempo, propio de las damas y de las casas de alta clase: aquel perfume se exhalaba de los muebles y hasta de la misma persona de la Marquesa. En el centro de la estancia, y ya servido sobre un velador de laca, humeaba el café, color de rubí, en tazas de plata cincelada que ostentaban las armas de la Marquesa de Villaflorida.

Berta había cambiado el traje negro con que había ido á buscar á Dolores, por otro de seda de color gris perla, magníficamente decorado de encajes blancos; algunas sartas de perlas, de un tamaño extraordinario, se enlazaban entre sus cabellos, peinados en trenzas con un gusto sencillo y exquisito; perlas de mayor tamaño adornaban sus orejas, su cuello y sus brazos; por debajo de su traje se veía su pieccecito calzado de raso blanco. Berta estaba, en una palabra, vestida, según su costumbre, con la más rica esplendidez y la más distinguida elegancia.

—¡Dios mío, qué elegante y qué hermosa estás!
—exclamó Dolores al verla bien alumbrada por la profusión de bujías que ardían en el gabinete.
—¿Esperas mucha gente?

—No—respondió sencillamente la Marquesa:— estaremos solas. Me visto siempre bien, por mí misma y por mi marido. No he comprendido nunca que las mujeres se vistan para los extraños, y nunca para sí mismas.

—Sin embargo, la costumbre...

—Es una mala é innoble costumbre. ¿No es una misma lo que más se debe apreciar? ¿No se cometen muchas faltas por el egoísmo? ¿Pues por qué el egoísmo no ha de inspirar algo bueno? El vestir bien, el vivir con decoro, es laudable cuando se hace por consejo del buen gusto y de la propia dignidad; pero es un alarde de vanidad ridícula, el gastar sólo para que los demás lo vean y lo envidien—añadió Berta.—Siéntate, querida mía, y tomemos el café, que se está enfriando. Ya te iré explicando poco á poco mis teorías, y verás de qué modo me he formado mi felicidad.

—¡Ayl; tienes elementos para ser muy dichosa, y he aquí todo—exclamó Dolores con una amargura que no se escapó á la perspicacia de la Marquesa.—Berta, tú no has conocido nunca la desgracia.

—Te equivocas—respondió la Marquesa:—fui en mi primer matrimonio muy desgraciada, y no era, por cierto, la culpa de mi marido, que me

adoraba, ni mía, que le amaba también: lo era de mil pequeñeces de la vida, mil nada del hogar doméstico, mil ligeras nubes, pasajeras al parecer, pero que se multiplicaban hasta empañar el cielo azul de nuestro amor. El arte de vivir me lo ha enseñado mi segundo esposo, y á él debo la felicidad de que disfruto. Tú le verás y le estimarás en lo mucho que vale, mi querida Dolores.

Las palabras de la Marquesa fueron seguidas de un leve ruido: la cortina de seda se había levantado para dar paso al Marqués.

CAPÍTULO V

PRONÓSTICOS

Contaba el esposo de Berta diez años más que ésta, es decir, que estaba cerca de cumplir los treinta y cuatro.

Era de elevada estatura y pocas carnes. Su color moreno y animado hacía resaltar la belleza de sus facciones, algo pronunciadas, y sus grandes ojos negros, cargados de dulzura y de melancolía.

Había en su fisonomía esa expresión que se puede llamar *mansedumbre del mando*, y que significa que el hábito de mandar y de ser obedecido había quitado á sus facciones, si es que alguna vez la había tenido, la costumbre de expresar la ira ó la amargura.

Lo primero que se le concedía eran las cualidades de hombre fuerte y decidido, hermoso pasaporte que tanto facilita al sexo varonil el viaje de la vida; á la segunda mirada, se le aclamaba como hombre de una distinción suprema y de una urbanidad exquisita.